

nuestro entendimiento es limitado, y la verdad no lo es; nuestro entendimiento ha comenzado, y la verdad es eterna; nuestra inteligencia es capaz de mas y menos, la verdad es absoluta. Decir que nuestra mente es el sitio de la verdad, es decir en términos oscuros que nuestra mente es la verdad misma, la verdad viva: y ¿quién es tan insensato que lo crea? Además de la contradicción que existe entre la naturaleza de nuestro entendimiento y la naturaleza de la verdad, ¿no vemos que las inteligencias de que se compone el género humano se hallan en una guerra perpetua de afirmaciones y negaciones? ¿Y la verdad estaria en guerra consigo misma? ¿Diria sí y no á un mismo tiempo, sin dejar de ser absoluta? Esto es el colmo de la demencia.

Si la verdad no es un nombre vano, no se halla en el universo mas que en el estado de aparición; está en el universo como el artista en su obra; está en nuestro entendimiento como el sol en nuestros ojos. Pero mas allá del universo y de nuestra inteligencia, subsiste en sí misma, es una esencia real, infinita, eterna, absoluta, existente por sí misma y teniendo conciencia é inteligencia de sí misma; porque ¿cómo la verdad no se entenderia á sí misma, puesto que es la fuente de todo entendimiento? Ahora, decir esto de la verdad, es definir á Dios; Dios es el nombre propio de la verdad, como la verdad es el nombre abstracto de Dios.

Hay, pues, un Dios si hay una verdad. ¿Diréis que no hay verdad? Allá os lo veais, yo no os contradigo.

Acaso, señores, sintais mejor aun la fuerza de esta conclusion, aplicándola al orden de la conciencia. Así como la verdad es el objeto y la vida del entendimiento, así la justicia es el objeto y la vida de la conciencia. La conciencia descubre y aprueba una regla de los derechos y de los deberes entre los seres dotados de libertad. Esa regla es la justicia. ¿Pero dónde está la justicia? ¿Es por ventura un simple resultado de la voluntad humana? En tal caso, la justicia no es mas que un contrato, una ley frágil nacida hoy para morir mañana. ¿Es acaso un orden fundado en la misma naturaleza del hombre? Pero esta naturaleza es variable, corruptible, sujeta á pasiones que la extravían.

Lo que para uno es el orden, será desorden para el otro. Si, pues, la justicia es una realidad, es preciso que sea una ley eterna y absoluta, que arregle las relaciones de las voluntades libres, como las matemáticas son una ley eterna y absoluta que arregla las relaciones de los seres materiales, y la metafísica una ley eterna y absoluta

que arregla las relaciones de las inteligencias con todos los seres ya existentes, ya posibles. Fuera de esta noción, la justicia no es mas que una palabra que arma á los fuertes contra los débiles, á los dichosos contra lo desgraciados. Pero esta noción envuelve necesariamente la de Dios, como quiera que una ley eterna y absoluta no puede ser una realidad sino en la persona de un ser que subsista por sí, que tenga una voluntad activa y recta, capaz de promulgar una orden, de sostenerla, de galardonar la obediencia y castigar la rebelion.

La verdad es el primer nombre de Dios; la justicia es el segundo.

Ahora bien, que haya hombres para quienes la verdad y la justicia son puramente un juego filosófico, que se encastilla en la orgullosa soledad de su pensamiento para edificar allí su gloria sobre sistemas que lleven su nombre, cosa es esta que se comprende. Pero la humanidad pobre y atribulada no está en ese caso; necesita de verdad para instruirse, de justicia para defenderse, y sabe que el verdadero nombre de una y otra es el nombre de Dios, que la verdadera fuerza de una y otra es la fuerza de Dios. Y en ello no se ha engañado jamás. Cuando la oprimen, levanta hácia Dios sus manos, inscribe su nombre en sus banderas, y dice al opresor esta última y solemne expresion del alma que cree y espera: ¡ Os cito al tribunal de Dios!

Este tribunal tiene tarde ó temprano su hora, su hora temporal y visible, además de su hora eterna. En él comparecen los reyes desde este mundo, y las naciones tambien. En vano quiere el orgullo derribarlo; el pueblo salvado por él lo salva á su vez. Si no hubiera entre nosotros mas que sabios, la idea de Dios pudiera perecer, porque un hombre solo es siempre poderoso contra Dios; pero felizmente las naciones son débiles contra él, porque no pueden pasar sin justicia y sin verdad. Ellas le protegen contra las sábias quimeras de una falsa sabiduría; ellas mantienen su memoria con una fidelidad que no siempre conserva su noción perfecta, pero que á lo menos no ha permitido hasta ahora que el sol y la historia viesen un pueblo ateo. Por mas que se haya hecho, Dios ha quedado siendo la piedra angular de la sociedad humana; ningun legislador ha osado proscibirle, ningun siglo lo ha ignorado, ninguna lengua ha borrado su nombre. Así en la tierra como en el cielo es porque es.

Pues si la naturaleza, la inteligencia, la conciencia y la sociedad están por Dios, ¿qué le queda al panteismo? ¿Dónde estará su

punto de apoyo? ¿Lo buscará, señores, en las tinieblas de una metafísica obstrusa? ¿Se aislará de todas las realidades, de todos los sentimientos y de todas las necesidades, para formarse un laberinto cuyas salidas no podrá ya encontrar la inteligencia? Él mismo perderá su hilo; encerrado en la sutil prision que se habrá construido, le tomará la risa del orgullo que se ha engañado á sí mismo, y llamando á sí desde el fondo corrompido de las edades, á los espíritus curiosos de las doctrinas raras, lanzará contra Dios y el género humano el anatema del desprecio. Dios pasará sin oírle, y el género humano sin responderle. Hagamos como ellos, pasemos tambien.

Tenemos de Dios una intuicion triple: intuicion negativa en la naturaleza, intuicion directa en las ideas de verdad y de justicia, intuicion práctica en la sociedad humana. La naturaleza, mostrándonos en sí caractéres incompatibles con un ser subsistente por sí mismo, nos hace subir hasta su causa; las ideas de verdad y de justicia nos nombran á Dios sin el cual nada serian; la sociedad humana que no puede pasar sin él, nos prueba su existencia por su necesidad. Pero además de estas revelaciones incesantes, hay algunas que la divina Providencia siembra de tiempo en tiempo en el camino de las naciones; lanza rayos, desgarrá velos, da un sentimiento tan lleno y profundo, que todos le reconocen, y todo un pueblo deja escapar de su corazon este grito unánime é involuntario: ¡Dios! ¡es Dios! Nos hallamos, señores, en una de esas horas en que Dios se descubre; ayer pasó por aquí, y toda la tierra lo ha visto. ¿Y pudiera yo callar en su presencia? ¿Pudiera yo retener en mis trémulos labios la plegaria del hombre, que un día de su vida ha visto de mas cerca á su Dios?

Oh Dios, que acabais de descargar esos golpes terribles, Dios, juez de los reyes y árbitro del mundo, mirad con ojos propicios á este antiguo pueblo francés, hijo primogénito de vuestro derecho y de vuestra Iglesia. Acordáos de sus servicios pasados, de vuestras bendiciones primeras; renovad con él la antigua alianza que le habia hecho vuestro siervo; llamadle á su corazon, que tan lleno estuvo de Vos, y que aun ahora mismo, en las primicias de una victoria en que á nada real ha respetado, daba prendas del imperio que á nadie concede sino á Vos. Oh Dios justo y santo, por esa cruz de vuestro hijo que las manos de ese pueblo ha llevado del palacio profanado de los reyes al palacio sin mancha de vuestra Esposa, velad sobre nosotros, protegédnos, alumbradnos, probad al mundo una vez mas, que un pueblo que os respeta es un pueblo salvado.

## SERMON CUADRAGÉSIMO SEXTO.

### De la vida interior de Dios.

Dios existe; pero ¿qué hace? ¿cuál es su accion? ¿cuál su vida? Esta es la cuestion que se presenta inmediatamente al entendimiento. Desde que este ha reconocido la existencia de un ser, se pregunta cómo vive; y con mayor razon se lo preguntará de Dios, que siendo el principio de los seres, excita en nosotros una necesidad de conocerle tanto mas ardiente y justa, cuanto su accion es el modelo de toda accion, y su vida el ejemplar de toda vida. ¿Qué es, pues, lo que hace Dios? ¿En qué pasa su eternidad? Hé aquí, ciertamente, una cuestion atrevida. Sin embargo, el hombre se la propone y quiere resolverla. ¿Más cómo la resolverá? ¿cómo penetrará en la esencia divina para entrever en ella el incomprendible movimiento de un espíritu eterno, infinito, absoluto, inmutable?

Tres doctrinas se presentan á nosotros: la una afirma que Dios está condenado á una soledad espantosa por la soberana magestad de su naturaleza; que solo, en sí mismo, se mira con una mirada que no encuentra sino á él, y se ama con un amor que no tiene mas objeto que él; que en esta mirada y este amor eternamente solitarios, consisten la naturaleza y perfeccion de su vida.

Segun otra doctrina, el universo nos manifiesta la vida de Dios, ó mas bien, es la misma vida de Dios. Vemos en él su accion permanente, el teatro en que realiza su poder y se reflejan todos sus atributos. Dios no existe sin el universo, como el universo no existe sin Dios. Dios es el principio, el universo la consecuencia; pero una consecuencia necesaria, sin la cual el principio seria inerte, infecundo, imposible de concebir.

La doctrina católica reprueba estos dos sistemas. No admite que sea Dios un ser solitario, eternamente ocupado en una estéril ocupacion de sí mismo; tampoco admite que el universo, si bien obra de Dios, sea su vida propia y personal. Elevándose sobre estas débiles ideas, y arrebatándonos en alas de la palabra divina mas allá de todas las concepciones de la mente humana,